

El lago Ediciones

La joven de la foto

Jordi Sevilla

Elago/Novela

Colección **Novela**

Primera edición, junio 2010
© del autor: Jordi Sevilla
© de las ilustraciones e imagen de cubierta: Ana Santiso

Maquetación: Natalia Susavila Moares

© de la edición
Ellago Ediciones, S. L.
ellagoediciones@ellagoediciones.com / www.ellagoediciones.com
(Edicións do Cumio, S. A.)
A Ramalleira, 5 - 36140 Vilaboa (Pontevedra)
Tel. 986 679 035
cumio@cumio.com / www.cumio.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjanse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si precisan fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-92965-01-4
Impresión: Gráficas Varona
Depósito legal:
Impreso en España

La rubia de la foto.....	7
La señora Ibáñez	19
El vendedor de enciclopedias	33
Las sábanas de la competencia	49
El casino.....	63
El señor Segura.....	77
Una buena paliza	93
Después de un caldo gallego	109
Ataulfo Corredoira.....	125
Un beso y un mechón de pelo	141

La rubia de la foto

Si no llega a ser porque aquella rubia se equivocó de puerta, no habría despertado hasta llegar a Vigo. Estaba cansado cuando llegó a la estación. El taxi le dejó en la nueva entrada, más cerca de los andenes, pero más lejos de su tren. No estaba seguro de hacer lo correcto, pero la idea de tumbarse en una cama y dormir toda la noche era tan tentadora que no le importó. Se despertaría por la mañana y entonces ya sería tarde para arrepentirse.

Acudir a un Congreso Nacional de Detectives Privados era algo que atentaba contra su autoestima. Si le hubiera quedado algo de ella. Al principio, cuando recibió la invitación no le prestó ningún interés. Solo su desastre natural le impidió echarla a la papelera como forma de archivo. Luego, la insistencia de Luis y la posibilidad de escapar unos días de Madrid, donde, mirándolo bien, nada le retenía, le hicieron aceptar. Sentía curiosidad por volver a Galicia y hospedarse en el Gran Hotel de A Toxa le pareció una buena forma de hacerlo.

Localizó el tren Rías Bajas sin dificultad. Siempre le habían parecido más apropiados esos nombres teleológicos indicativos del destino de los trenes que el uso instrumental y propagandístico con que cada vez más los bautizaban recientemente.

Temiendo encontrarse con algún otro detective conocido se encerró pronto en el compartimento del cochecama. Hablar con otros colegas fuera de contexto y antes de que el tren se pudiese en marcha le pareció tentar a la suerte y poner en peligro el viaje, seguro de no ser capaz de soportarlo.

A pesar de las mejoras experimentadas por RENFE, una cierta claustrofobia se cernía sobre él mientras penetraba en su estrecho refugio. Menos mal que iba solo. No sabría cómo compartir su cabina con un desconocido.

El tren se puso en marcha a su hora y, aunque ello no garantizaba que también lo hiciera a la llegada, sintió un cierto orgullo de parecer europeo. Por lo menos, de lejos. Contento por ello, se metió en la cama según el horario europeo que es el más común entre las gallinas.

Tardó unos segundos en reconocer el lugar en el que se encontraba. La manivela de la puerta se movía con estrépito y le vinieron a la cabeza todas las estadísticas sobre robos en los trenes. Definitivamente, aquel ladrón era un chapucero.

—¡Román! —oyó susurrar a través de la puerta—. Abre, soy yo.

No sabía quién podía ser ese yo, ni quién era Román. Tenía dudas también sobre quién era él mismo. Pero el nombre de Román no le pareció adecuado y estaba seguro de que no era el suyo.

Bajó con dificultad de la estrecha litera y mientras sostenía la pistola con una mano, con la otra empezó a descorrer cerrojos. Como en una película de los hermanos Marx, resultaría difícil determinar quién se llevó mayor sorpresa al abrir la puerta. Ricki se encontró con una rubia treintañera y de muy buen ver, con la que no le hubiese importado entablar un combate cuerpo a cuerpo. Ella, por su parte, mezcló incredulidad y pasmo ante un Román tan distinto, en calzoncillos y bien armado.



—Perdón —dijo ella, rompiendo el encanto de la situación—, debo haberme equivocado de compartimento.

—O de hombre —apostilló Ricki con una sonrisa que consideró insinuante.

Sin más disculpas, ella avanzó enérgicamente por el pasillo hasta dos puertas más allá.

Las rubias ya no son lo que eran, pensó Ricki volviendo a la cama. Por un momento había creído que se iba a hacer realidad el viejo sueño de un romance tan apasionado como intrascendente entre dos desconocidos que comparten, por azar, un mismo destino geográfico, y un mismo medio de transporte. Pero ese servicio no iba incluido en el billete. Tardó en dormirse de nuevo y cuando lo hizo ya empezaba el día a clarear.

En la estación de Vigo los esperaba un microbús puesto por la organización del congreso para llevarlos a A Toxa. Por un momento pensó en hacerse el despistado y alquilar un coche para ir por su cuenta. No serían mucho más de cuarenta kilómetros y le apetecía conservar su negligente individualismo. Solo cuando vio de nuevo a la rubia del tren con quien debía ser Román, subiendo al microbús, sintió despertar los deseos gregarios y, como uno más, ocupó un asiento en la parte de atrás.

Algunos se conocían, todos se saludaban presentándose y ninguno parecía uno de esos detectives privados de las películas. Solo la sonrisa de la rubia le impidió arrepentirse de haber tomado esa decisión tan poco suya. El tal Román era el más extravertido y ni ella ni Ricki hicieron ningún comentario del reconocimiento cuando se presentaron. Hicieron el trayecto en medio de una gran algarabía y poco faltó para que, como escolares de excursión, se pusieran a cantar. La rubia le miró un par de veces haciéndose la distraída, y eso era reconfortante.

Luis estaba ya en el hotel, esperándolo. Compartirían habitación y, visto lo visto, era lo mejor que le hubiera podido

pasar. Los supuestos trabajos del congreso no empezaban hasta la tarde y el tiempo de la comida era libre.

Aprovechó esas horas para descansar un poco en el dormitorio y nadar en la piscina climatizada del hotel. Aunque los gastos corrían a cargo de la organización, rechazó la oferta de sauna con posterior masaje a la que se apuntaron muchos colegas.

El hotel era un edificio antiguo con pinta de palacio. Por sus amplios salones se podía notar todavía el paso de generaciones de aristócratas venidas a menos y burguesitos subidos de más. Aunque era grande tenía todavía esa dimensión que permite familiarizarse con los otros clientes, muchos de ellos abonados desde hacía años.

Amplios jardines lo rodeaban y desde un pequeño muelle salía un embarcadero de madera que se introducía un poco sobre la superficie del mar, dándole un aire viscontiano. El balneario, situado a escasos metros, añadía un nuevo toque de sabor tradicional al conjunto. Le gustó menos lo que vio cuando salió hacia O Grove a comer. La isla estaba siendo víctima de la especulación inmobiliaria y un complejo de apartamentos en construcción rompía la pacífica armonía introduciendo, bruscamente, un golpe excesivo de modernidad.

Cabizbajo, cruzó el estrecho puente que une la isla a tierra firme y se adentró en un mundo más contemporáneo.

La primera sesión del congreso fue destapar la jaula de grillos. Acostumbrado al trabajo solitario, los detectives privados no parecían hechos para la discusión colectiva civilizada. Pero no fue hasta la cena cuando empezó a sentirse estúpido. Los gritos, chistes malos y las viejas canciones colectivas no se adecuaban con el distinguido ambiente del amplio comedor, acostumbrado, sin duda, a finas, elegantes y tranquilas reflexiones de poderosos personajes en busca de sosiego.

Incapaz de soportar por más tiempo el ambiente de la sala, Ricki salió a dar un paseo. La noche era agradable y la brisa marina ayudaría a despejarse.

Apenas se había alejado unos metros del hotel cuando vio un coche, conducido irresponsablemente, que se abalanzaba sobre un Mercedes. El choque no fue espectacular ni grave pero se acercó más por curiosidad que por sentirse útil. El Mercedes era conducido por un hombre de unos setenta años, vestido con esmoquin y pinta de quien puede perder mucho dinero en el casino y dormir plácidamente después. Le acompañaba su mujer, de mediana edad aunque todavía atractiva, que estaba ligeramente conmocionada por el golpe. Ricki le ayudó a bajar.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, sí, gracias —contestó ella, como si dudara.

Aunque la responsabilidad del accidente estaba clara, los cuatro jóvenes que ocupaban el coche causante estaban organizando un poco de jaleo al respecto. El conductor del Mercedes, aunque con la firmeza de quien se siente acostumbrado a mandar, parecía incapaz de hacer frente a la situación dada la incoherencia verbal y poco respeto mostrado por los jóvenes.

Ricki se sintió impulsado a actuar. Y, como siempre en esos casos, lo hizo con energía.

—¡A ver! —gritó dirigiéndose a los jóvenes—, soy policía y si no queréis pasaros la noche en la comisaría, resolvamos esto pronto.

Aprovechando el desconcierto que sus palabras causaron, empezó a impartir órdenes.

—¿Quién conducía?

—Yo —contestó uno de los jóvenes.

—Pues bien, los otros tres subiros al coche y estaros calladitos. Tú, saca la documentación y los papeles del seguro.

—¿De verdad eres policía? —preguntó uno de los que se iban hacia el coche.

—¿Quieres comprobarlo? —dijo amenazadoramente Ricki dando dos pasos hacia él.

La situación estaba controlada y mientras ambos conductores arreglaban los papeles, Ricki se acercó a la señora del Mercedes.

—¿Seguro que está bien?

—Un poco mareada por el susto. Nada más. ¿Es usted policía?

—No —contestó Ricki—. Soy detective privado, pero la policía todavía impresiona algo a determinados jóvenes.

Tras un instante de silencio embarazoso, Ricki añadió.

—Les voy a dejar mi tarjeta por si me necesitan como testigo del accidente. Vivo en Madrid y no duden en llamarme si se complican las cosas y hay juicio.

La señora le agradeció sus atenciones y se guardó la tarjeta en el bolso. Luego dijo:

—Perdone que no me haya presentado. Soy Mercedes Ibáñez y aquel es mi marido, Juan Morris. Somos también de Madrid.

Un Mercedes para una Mercedes, bonito detalle, pensó Ricki. Acabadas las formalidades, los jóvenes se fueron de nuevo en su coche metiendo bulla con el tubo de escape.

—Es increíble —dijo Juan Morris, dándole la mano a Ricki—, con esta juventud no sé cómo vamos a acabar.

—Sí, a Platón ya le preocupaba ese problema intergeneracional —respondió Ricki.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Le he dado mi tarjeta a su esposa. Si me necesitan como testigo, llámeme.

Al día siguiente, el congreso entraba en una fase más interesante. Iban a discutir una ponencia sobre el futuro del detective privado en la perspectiva del mercado único europeo para 1992. La opinión generalizada se inclinó por presionar a la Administración para impedir que las grandes

agencias europeas se instalaran en España. Así habían entendido algunos la integración en la CE.

Mejor estuvo la fiesta de cierre preparada para la tarde-noche. Ricki no tenía pareja y el hecho de que el congreso hubiera aceptado que los casados se trajeran a su esposa impidió a la organización contratar chicas con ese propósito. Fue muy divertido bailar suelto con Luis las viejas canciones del Dúo Dinámico. Resultó más duro cuando sonó el «Sorbito de Champán» de Los Brincos. La música en esos congresos suele estar a algunos años luz del presente.

Apenas sí había vuelto a ver a la rubia del tren en los dos días que llevaba perdiendo el tiempo. Supuso que las mujeres tenían actividades turísticas organizadas en paralelo, para mantenerlas ocupadas y alejadas, mientras sus maridos estaban en el congreso. Cuando conoció un poco más al tal Román, decidió que lo que debía hacer la rubia era mantenerse cuanto más ocupada y alejada de él, mejor. Era difícil entender cómo ciertas mujeres se unen con ciertos hombres. Pero era evidente que lo hacían hasta el punto de ser ya, más que una moda, un deporte nacional.

La encontró en la barra del bar pugnando por una copa. Tras echar un rápido vistazo, vio despejado el frente y decidió una maniobra de aproximación sutil.

—Qué casualidad, tú por aquí. ¿Qué quieres tomar?

Ella le miró pensando de qué iba. Al final, la sed y el pragmatismo le hicieron decir.

—Un *gin tonic*, por favor.

Confiado en que entre tanto detective privado nadie le iba a robar la cartera del bolsillo, Ricki se lanzó a la *melée* en busca de la bebida redentora. No fue fácil, pero lo consiguió sin salir demasiado magullado y sin haber derramado apenas nada de los vasos.

Sintiéndose Indiana Jones, se dirigió hacia donde ella esperaba y dándole su bebida, brindaron en silencio. A pesar de

la luz tenue, casi de discoteca, Ricki pudo apreciar en ella los rasgos agraciados que tan buena impresión le habían causado en los breves momentos en que se encontraron cara a cara allá en el tren.

Bailaron una balada de Bruno Lomas, en plan carroza, y Ricki se apretó contra ella. En su juventud, había mostrado cierta facilidad para enamorar a las mujeres aunque estas, al final, se acostaban con sus amigos. Esperaba haber dejado suficientemente atrás esa época. Además, ahora ya no tenía amigos que le levantaran las chicas.

Pero estaba Román quien, como un ciclón, apareció de pronto saludando efusivamente a Ricki; contó dos chistes tan rápidos como malos y se llevó a la cenicienta rubia. Aunque borracho y gordo, era su marido.

Todavía no había terminado la fiesta cuando Ricki fue a recoger la llave de su habitación dispuesto a irse a la cama. En la conserjería coincidió con Mercedes Ibáñez y Juan Morris que pedían también sus llaves. Se saludaron discretamente y, como Ricki estaba en el primer piso, subió por las escaleras mientras ellos se dirigían al ascensor.

Luis le había comunicado su intención de pasar la noche entera de juerga por lo que, por una noche, volvía a recuperar la intimidad a la que estaba acostumbrado. Eran las dos cuando apagó la luz, y las tres menos cuarto cuando una llamada discreta en la puerta de la habitación le despertó.

Al abrir se encontró con una rubia en una escena que recordaba a otra. Solo que ahora, sin hablar, ella entró y fue directa a la cama. Bueno, tampoco aquello era un tren.

Por la mañana, cuando se despertó sintió que había valido la pena venir al congreso. Y ni siquiera sabía cómo se llamaba la rubia.